



## ALGUIEN LO SABE. DESVELO TRASCENDENTAL Y DATIVO DE MANIFESTACIÓN-EN-OFF COMO VOZ NARRATIVA\*

### SOMEONE KNOWS. TRANSCENDENTAL WAKEFULNESS AND DATIVE OF MANIFESTATION IN-OFF AS NARRATIVE VOICE

**César Moreno**

Universidad de Sevilla  
España

[cesmm@us.es](mailto:cesmm@us.es)

**Resumen:** Tras reconocer el papel decisivo que juega en el pensamiento husserliano la intersubjetividad en su *estructura trascendental*, y, respecto a la *Einfühlung* y la *Fremderfahrung*, el importante papel que desempeña la *Umfiktion* (Circunficción), el presente artículo desarrolla la posibilidad experiencial y de sentido que supone ese extraño personaje que es la *Voz Narrativa heterodiegética*. En concreto, la *Voz Narrativa* como *Otro subsidiario* en el caso de que los personajes duerman o hayan muerto. Esto permite pensar al Testigo como dativo de manifestación *en off* en soporte último del continuum de la fenomenalidad. Con ello, se trata de profundizar en la tesis husserliana acerca de la inmortalidad de la subjetividad trascendental y extraer algunas conclusiones

**Abstract:** Recognizing the decisive role in Husserl's thought of the intersubjectivity in its transcendental structure, and, for the *Einfühlung* and *Fremderfahrung*, the important role of *Umfiktion* (Circunfiction), this article develops the experiential possibility and the possibility of meaning that assumes the Strange character who is the heterodiegetic Narrative Voice. Specifically, the narrative voice as *subsidiary Other* in the event that the characters sleep or have died. This suggests the Witness as dative of manifestation *in off* as last stand of the continuum of phenomenality. With this, it is deepening the Husserlian thesis about the immortality of transcendental subjectivity and draw some metaphysical and ethical conclusions. The article is based on a text by Muñoz

\* Me apresuro en reconocer la deuda de este título —no como mero pago, sino como agradecimiento— con el artículo que con idéntico título (*Alguien lo sabe*) publicó Antonio Muñoz Molina el 19 de Julio de 2008 en el suplemento de *Babelia* del diario *El País* (p. 10). Muñoz Molina se basaba, a su vez, en un *haiku* de Borges. Reproduzco íntegramente el texto de Muñoz Molina al final.

Por lo demás, y con vistas a favorecer una comprensión de lo que aquí se leerá, para el lector interesado, considero que este texto debe ser articulado conjuntamente con mis textos: "El aparecer clausurado. Notas sobre la apertura de la fenomenalidad y la ausencia de Logos", en AA.VV. (PAREDES, M.<sup>a</sup> del Carmen, ed.), *Intencionalidad, mundo y sentido. Problemas de fenomenología y metafísica*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003, 143-160; "Evidencia inspirada. Fenomenología del amanecer en J. Guillén". *Boletín de Estudios de Filosofía y Cultura Manuel Mindán V*, 2010, Monográfico sobre Pensamiento español contemporáneo: La fenomenología en España, 177-203; "Un ámbito sin límite ni salvedad. La fenomenología como ciencia abierta y la recepción en Heidegger y Marion del Principio de todos los principios", en *Investigaciones Fenomenológicas*, vol. Monográfico 5, 2015, 239-254; y "Rosa última. Fenomenología apocalíptica de la Revelabilidad y epojé en Heidegger", ponencia presentada en las I Jornadas *Differenz* celebradas en Sevilla los días 10-13 de enero de 2015, aún inédito. También, sin duda, con "El otro y la muerte", en AA.VV. *Fenomenología y Ciencias Humanas*, M.<sup>a</sup> LUZ PINTOS PEÑARANDA y J. L. GONZÁLEZ (eds.), Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1998, 103-114.

metafísicas y éticas. El artículo se basa en un texto de Muñoz Molina (*Alguien lo sabe*) en el que comentaba un pasaje de *Al faro*, de V. Woolf.

Molina (*Someone knows*) that commented a passage from *To the Lighthouse*, by Virginia Woolf.

**Palabras clave:** Literatura, intersubjetividad, identidad narrativa, testigo trascendental.

**Key Words:** literature, intersubjectivity, narrative identity, transcendental witness.

*En el desierto  
acontece la aurora.  
Alguien lo sabe.*

(Jorge Luis Borges)

## 1. HOMENAJE

Dedicar toda una vida personal y filosófica, como hizo Julia Valentina Iribarne, a la Fenomenología, con un entusiasmo, convicción y sabiduría ejemplares, significa una apuesta inequívoca por un Mundo *desvelado y compartido*, siempre *puesto-al-día*, de y para los despiertos. ¿Acaso la tarea de la filosofía no se deja confundir en muchas ocasiones con la exigencia de estar despiertos y atentos? ¿No es un modo de *atención* y una forma de *cuidado* lo que busca, y no sólo, por supuesto, en un sentido epistemológico, sino también ético? Creo que no sería descabellada una lectura de la fenomenología en la que se la mostrase como un denodado esfuerzo —en el que, ciertamente, no estaría sola— por mantener la *vigilia* (mucho más que la mera *vigilancia*) y el *desvelo*<sup>1</sup>, e intentar impedir, sobre todo, que encuentren autosatisfecho alojamiento en nosotros las fuerzas —crecientes cada día— que pugnan a favor del *sonambulismo*. Una vocación similar por la vigilia y el desvelo nos une —lo diré mejor: queremos que nos una— a muchos, sin que nuestros matices o las diferencias *específicas* del proyecto que compartimos, nuestras querencias personales, incluso nuestras disidencias parciales, pudiesen impedir —sino más bien favorecer y

<sup>1</sup> Dice el *Diccionario de la Real Academia Española* que *desvelo* es la «acción y efecto de desvelar o desvelarse, ofreciendo de *desvelar* dos acepciones, que nos interesan, ambas, con idéntico afán. Recuerda el *Diccionario* que *desvelar* procede del latín *dis-* y *evigilare*, despertar, y significa “Quitar, impedir el sueño, no dejar dormir” y “Dicho de una persona: Poner gran cuidado y atención en lo que tiene a su cargo o desea hacer o conseguir”. Finalmente, pero no menos importante, *desvelar* (de *des-* y *velar*) significa “descubrir, poner de manifiesto”.

alentar— la comunidad a que aspiramos. A ella perteneció por derecho propio y méritos sobradísimos Julia Valentina Iribarne, en cuyo estilo propio de filosofar vino a encontrar excelente expresión la gran corriente de la fenomenología latinoamericana, en Argentina, a la que desde aquí, la vieja Europa, tanto admiramos y seguimos diría que con detalle y devoción. Sirva esta contribución para que el homenaje de agradecimiento se sobreponga sobre el pesar de la pérdida de Julia Valentina Iribarne y para celebrar la deuda que tenemos contraída con su vocación y brillante trayectoria.

## 2. EL CAMINO DE LA INTERSUBJETIVIDAD.

Y, en concreto, respecto a una de las aportaciones importantes de Julia Valentina Iribarne a los estudios de Fenomenología como fueron, aparte de innumerables ensayos y artículos en los que abordó problemas cruciales del pensamiento fenomenológico, sus dos volúmenes sobre *La intersubjetividad en Husserl*<sup>2</sup>. Excusaré el que esta obra no apareciese citada en mi estudio sobre *La intención comunicativa. Ontología e intersubjetividad en la fenomenología de Husserl*<sup>3</sup>, porque en 1988, año en que presenté mi tesis de doctorado, aún no había tenido tiempo ni oportunidad de conocer el trabajo realizado por Julia Valentina, quien aparte de ofrecer su propia perspectiva sobre el decisivo problema de la intersubjetividad en Husserl, brindaba al lector en castellano un magnífico fajo de textos husserlianos extraídos de los tres intimidatorios volúmenes de *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität* (1973). Uno de los hilos conductores de las indagaciones de la autora fue, sobre todo, el problema de la *impatía* (traducción preferida por Julia Valentina para *Einfühlung*) en el horizonte general de una reivindicación sin complejos de la *monadología* husserliana, tema al que luego dedicaría *E. Husserl. La fenomenología como monadología*<sup>4</sup>. Julia, como suele decirse, cogió al toro por los cuernos, enfrentándose con éxito

<sup>2</sup> Valentina IRIBARNE, J., *La intersubjetividad en Husserl I-II*, Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1987. Posteriormente se publicaron en Karl Alber Verlag bajo el título *Husserls Theorie der Intersubjektivität*, Freiburg: Alber, 1994.

<sup>3</sup> MORENO, C., *La intención comunicativa. Ontología e intersubjetividad en la fenomenología de Husserl*, Sevilla, Universidad de Sevilla/Thémata/Serie Mayor 1, 1989. Pueden encontrarse dos comentarios de Roberto Walton en *Husserl Studies* X/2 (1993-1994), 143-150, y en *Revista Latinoamericana de Filosofía* (México) Vol. XVIII, núm. 2 (Primavera 1992), 370-373. También Mario Sancipriano le dedicó un extenso comentario en *Filosofía oggi* (Genova) 59 (Anno XV) (Julio-Sept. 1992), 395-402.

<sup>4</sup> IRIBARNE, J. V., *E. Husserl. La fenomenología como monadología*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, 2002.

con el que ha sido y sigue siendo, *malgré tout*, si se me permite decirlo así, uno de los focos “infecciosos” más perniciosos en la apresurada cuando no claramente deficiente recepción de la fenomenología husserliana, como fue y sigue siendo el del famoso reproche del solipsismo, con el que me temo que la crítica ya se ha entretenido demasiado, toda vez que me parece a fecha de hoy ya muy superado —a lo que contribuyó decisivamente la investigación de Julia Valentina— y porque por dedicarle una excesiva atención se corre el riesgo de distraer la investigación de las mil y una oportunidades de fenomenología y filosofía que otros aspectos del problema husserliano de la intersubjetividad implica, en los que también incursiona, por cierto, Julia Valentina en sus sabios comentarios a algunos de los más importantes y novedosos textos de Husserl sobre la intersubjetividad.

Por mi parte, yo no elegí para mi doctorado un terreno tan duro como el de la *Ein-fühlung*, del que pensaba allá por 1984 que me lanzaría en brazos de cuestiones psicológicas que se apartaban de mis afanes demasiado filosóficos, sino que me embarqué en explorar un área de problemas próximo, pero no idéntico al de la *Einfühlung*, como el de la *Fremderfahrung*. No en vano, procedía yo de la filosofía de la *alteridad* en Emmanuel Lévinas, al que había dedicado mi Tesina de Licenciatura<sup>5</sup>. Aunque, como digo, no me concentré en el tema de la *Einfühlung*, sí que ocupaba un lugar muy relevante en mi Tesis la función que Husserl asignaba, en algunos de sus textos, a la *Umfiktion* [*Circunficción*]<sup>6</sup>, imprescindible para abordar el dinamismo trascendental de lo que en inglés se denomina *role-taking*, es decir, el *ponerse-en-lugar-de-Otro*<sup>7</sup>, decisivo en cualquier fenomenología y psicología de la intersubjetividad. Precisamente quisiera volver aquí sobre la Intersubjetividad y dar alguna vuelta de tuerca a la *Umfiktion*, acudiendo, como he hecho en otras ocasiones, al gran tema de la expe-

<sup>5</sup> Muchos me han hecho observaciones acerca del “paso atrás” que habría supuesto ir de Lévinas hacia Husserl. No me entretendré en ello, pero no creo que ese paso supusiera un desatino por mi parte, pues en aquella época de formación (con 23-27 años) yo iba buscando una *disciplina* que creí poder encontrar más en la *apertura fenomenológica* husserliana, como así fue, que en las excelentes exploraciones de Lévinas (sobre el que presenté mi Tesina en 1984), que, sin embargo, me parecieron en aquellos años más “terminales” o conclusivos, sin tantos desarrollos ulteriores y posibilidades metodológicas. Aunque hoy pudiese revisar esta apresurada apreciación juvenil sobre Lévinas (cuyo pensamiento sin duda me sigue entusiasmando), de mi paso a Husserl sólo guardo agradecimiento al cabo de los años.

<sup>6</sup> Como hablamos de *Welt* y *Umwelt*: *mundo* y *circunmundo*, aquí se trataría de *Fiktion* y *Umfiktion*: *ficción* y *circunficción*. Cf., respecto a la temática de la *Umfiktion*, HUSSERL, E., *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität II*, Husserliana XIV, La Haya: Martinus Nijhoff, 1973, especialmente el Texto 7 (1921) y los anexos XVIII-XXII (de 1921-1922).

<sup>7</sup> MORENO, C., *op. cit.*, pp. 193 y ss. Debo advertir que muchas de las consideraciones que hagamos aquí se explicarían más adecuadamente si se conociesen con cierto detalle las contribuciones de *La intención comunicativa*. Por desgracia, sólo puedo remitir al lector a este texto.

riencia literaria (al que, por cierto, tan proclive era Julia Valentina) y retomando un motivo fenomenológico singular, extraño, como el de la *muerte*, a la que nuestra pensadora dedicó bellas y sugerentes indagaciones en *En torno al sentido de la vida. Ensayos fenomenológicos sobre la existencia*<sup>8</sup>. De la confluencia entre los volúmenes sobre la intersubjetividad y esta preocupación en torno a la muerte nace la presente indagación con el propósito, modestísimo, de contribuir a una problemática sin duda fascinante.

### 3. UNA ESTRUCTURA DE LA EXPERIENCIA

Aunque el panorama que prefigura el conjunto de investigaciones que Husserl consagró a la intersubjetividad fuera inmenso y experimentase evoluciones y significativos cambios en las orientaciones del interés, para Husserl probablemente lo decisivo fue siempre, en última instancia, la intersubjetividad como *estructura fenomenológico-trascendental* de la *vida-que-experiencia-mundo* (debiéndose recordar que el “mundo” mentado no tendría por qué ser *necesariamente* éste, el nuestro, en su facticidad, devenir histórico o donación concreta). Pienso que sólo si se mantiene el pulso de esta lucidez básica podrían esclarecerse los problemas y temas derivados, de los que sólo uno sería el del (supuesto) solipsismo, que los críticos, como he recordado antes, reprochan con sospechosa y tediosa asiduidad a la fenomenología de Husserl. Parece a veces, por lo demás, como si la crítica estuviese en la clave genuina para pretender resolver la cuestión del solipsismo pudiendo afirmar taxativamente que no se solventa desde una (*infra*)*estructura trascendental*, pero sí -creyendo poder prescindir en muchos casos de esta infraestructura trascendental- desde la exclusiva (*infra*)*estructura hermenéutica*, transfiriendo al proyecto global de la fenomenología críticas sobre todo pertinentes respecto a ciertos rigores metodológicos y “experimentales” asumidos por Husserl (por ejemplo, la reducción a la *Eigenheitssphäre* —*esfera de propiedad*— del § 44 de *Meditaciones cartesianas*). Husserl quiso descubrir la relevancia del “Otro” para la vida de la conciencia y para la configuración de un mundo (que consideramos, creemos, deseamos) *compartido*. Aunque resulte obvio, no estará de más recordar que lo

<sup>8</sup> IRIBARNE, J. V., *En torno al sentido de la vida. Ensayos fenomenológicos sobre la existencia*, Morelia: Jitanjáfora Editorial, 2012.

que está en juego no son *sobre todo* (aunque también, claro está) los Otros *de carne y hueso* con los que nos encontramos a diario..., sino *el sentido "Otro" o "el Otro"*. Del mismo modo, para los fenomenólogos no será difícil asentir a que tampoco sería lo más decisivo que este "Otro" o incluso "los Otros" *existan* en el mundo que llamamos real, ni que nos prestemos recíprocamente el oído para escucharnos o confesarnos nuestras intimidades o nuestras *verdades*... (lo que podría interesar mucho —y es perfecto que así sea— a los confidentes, amigos, amantes, o al psicoterapeuta, pongamos por caso). No se trata, sobre todo, de todo esto, que sólo podría ser abordado verdaderamente después de aclarado *el sentido*. Lo decisivo me parece ser mantener la atención sobre la/s estructura/s. Cuando, por ejemplo, se evalúa fenomenológico-trascendentalmente el conocido episodio de los molinos de viento y los gigantes en *El Quijote*, podemos reparar a título didáctico en, pongamos por caso, la relevancia fenomenológica *in situ* de la *indubitabilidad de la percepción inmanente*, o en la *Sinngebung* de "realidad", que opera tanto en el acto perceptivo (inmanente) de Don Quijote como en el de Sancho (podríamos decirlo al revés, y tomar como punto de partida a Don Quijote), o en cómo una vez que las aspas del molino han tumbado a Don Quijote, éste recompone la vida racional de su conciencia apelando a que ha sido víctima de un "engaño", o en cómo no debemos guiarnos por reduccionismos psicologistas (haciendo creer que todo se resuelve al reconocer que Don Quijote está "loco"), etc. Por lo que se refiere al presupuesto/impulso intersubjetivo, hay que destacar eminentemente (porque suele pasar desapercibido) que en la *Sinngebung* de "realidad" a los molinos, Don Quijote incluye a Sancho en aquel memorable «*porque ves allí, amigo*» que le dirige..., sin dejar de reconocer que al mismo tiempo que en ello se dilucida la apertura a lo "real", Don Quijote *ya se ha puesto en el lugar del Otro* incluso aunque digamos —para ser psicológicamente precisos— que *crea/asuma* que *está puesto en su lugar* y el Otro justamente haya comparecido *psicológicamente* enredado en una suerte de proyección acrítica (egocéntrica) de Don Quijote —habría sido más eficaz desde un punto de vista racional *preguntarle* si los veía<sup>9</sup>. Como respecto a la relevancia trascendental de la *evidencia*, aquí no se trata de que Don Quijote acierte o falle, sino de esta especie de *proto-confianza* que avala ante todo la propia *apelación al Otro* en su protoverdad. Por eso todo

<sup>9</sup> Esta temática articula casi toda la parte IV de MORENO, C., *La intención comunicativa*, op. cit., 319 y ss.

depende inicial y fundamentalmente —si se me permite decirlo así— de la *intención comunicativa*. Podría considerarse (y así lo hizo con demasiada frecuencia Husserl —y en tal sentido se han orientado muchas críticas, como la levinasiana, por ejemplo) que “el Otro” depende de que sobre todo sea un *Mit-subjekt* de cara a la constitución de la *objetividad*, o que sólo tiene relevancia en la medida en que se cruza un *mundo objetivo* entre Yo-y-Otro. Sin embargo, también cabe imaginar que este “Otro” *siempre-ya-haya-precedido* a ese acuerdo o desacuerdo posibles, quizás porque para el *absoluto* del aparecer no fuese necesario un Mundo o un Otro “objetivos” o susceptibles de *acuerdo o disenso*. Merleau-Ponty tendría que decir algo al respecto<sup>10</sup>. En el fondo, respecto al tema de este artículo, lo que resulta decisivo es ese “Otro” que es Sancho para Don Quijote, sin que la (presunta) locura de éste pudiese mermar las *Sinngebungen* (donaciones o daciones de sentido) diversas con que opera eficazmente Don Quijote y con las que se desenvuelve trascendentalmente en la estructura noético-noemática de su circunstancia experiencial.

Respecto a la importancia de la *estructura*, y antes de proseguir, creo relevante recordar cómo, acorde a la fenomenología, por más que el Otro pueda existir, *no tendría por qué existir*. Un “Otro” posible es tan válido como un “Otro” existente, en la medida en que en ambos casos comparezca el *sentido* de su alteridad-y-trascendencia, pudiendo yo incluso crearlo, por ejemplo, debiendo autovariarme en la fantasía y acometer en ocasiones enormes esfuerzos para “crear” a este Otro “creíble”<sup>11</sup> (incluso mayores esfuerzos que para comprender a Otro existente, ya dado: debería crear incluso su ser inaccesible, misterioso, incomprensible, refractario a mis posibles proyecciones narcisistas, etc...) y “saber” *ponerme en su lugar*<sup>12</sup>, pero incluso —y si no, no se trataría de un “Otro” verdadero (en sentido trascendental)— conservando su trascenden-

<sup>10</sup> Cf. MORENO, C., “Fe perceptiva y armonía de lo sensible”, en AA.VV., ALVAREZ FALCÓN, L. (ed.), *La sombra de lo invisible. Merleau-Ponty 1961-2011 (Siete lecciones)*, Madrid: Eutelequia, 2011, 281-310.

<sup>11</sup> Esta cuestión era esencial en MORENO, C., *Tráfico de almas. Ensayo sobre el deseo de alteridad*, Valencia, Pre-textos, 1998, sobre todo el capítulo dedicado a la *Poética de la alteridad*.

<sup>12</sup> De esto trata *Si yo fuese usted*, de Julien GREEN, al que me refiero en *Tráfico de almas*, en el epígrafe sobre la *diabólica de la alteridad*. A diferencia de la *poética*, la *diabólica de la alteridad* no aspira a fantasear Otros, o a fantasearse en Otros, sino a suplantar completamente a Otros, anulando su alteridad, con lo que se pierde por completo la oportunidad de “saber” lo que es el Otro y se malogra el esfuerzo en el encuentro con su diferencia/trascendencia. En su novela, en efecto, Julien Green narraba la historia de un escritor fracasado, Fabien Especel, que queriendo construir personajes, pero incapaz de semejante tarea creativa, por falta de experiencia, pacta con un subalterno de Satán el convertirse en Otros, pero convertirse por entero y absolutamente.

cia, su “más allá” e incluso su infranqueabilidad...<sup>13</sup> En *La intención comunicativa* se insiste mucho en esas *Umfiktionen* porque son imprescindibles en cualquier caso tanto para *ponerme-en-lugar-del-Otro* real como para crear o ponerme en lugar de algún personaje...

En la medida en que se comprenda que “el Otro” es una *estructura de la experiencia*<sup>14</sup> se comenzarán a comprender más eficazmente las dinámicas de la intersubjetividad desde su intencionalidad y sentido, y hasta qué punto la *ficcionalidad* no debe ser comprendida como un avatar entre otros de la vida de la conciencia, sino como una mediación fundamental de la experiencia del Otro, no menos importante, desde luego, que el percibir visual a Otros “de carne y hueso” en el entorno del mundo de la vida cotidiana. Por ello me parece de enorme interés incursionar, aunque fuese brevemente, en ese terreno genuino concreto de la ficcionalidad, que es el de la *experiencia literaria*.

#### 4. DE LOS OTROS-PERSONAJES COMO EGOS EXPERIMENTALES A LA VOZ NARRATIVA

Si aquí me oriento hacia la figura del *ego experimental* en tanto voz narrativa es (como he indicado en la nota 1) a instancias del breve artículo Muñoz Molina titulado *Alguien lo sabe* (que a su vez se basaba en un haiku de Borges)

<sup>13</sup> Esta cuestión la abordé en «El cuerpo desalmado», estudio en el que planteé la cuestión del Otro como *maniquí* dejándome guiar por el argumento planteado en el film de L.G. Berlanga *Tamaño natural*. El film, en el que el protagonista “convive” con una maniquí de tamaño natural, se centra en el fracaso de esa hipotética y falsa intersubjetividad, porque la mujer-maniquí inerte está entregada por completo al imaginario del protagonista. Un personaje literario que fuese propiamente un ser personal, un Otro verdadero, se encontraría en un nivel de subjetividad indudablemente superior. Para comprobar esto, basta dirigirse al propio film de Berlanga y valorar la diferencia entre los personajes “personales” y la maniquí inerte. Cf. MORENO, C., “El cuerpo desalmado”, en *Sileno* (Madrid) 2 (1997), 21-30.

<sup>14</sup> Un pasaje de *Lógica del sentido*, de Gilles DELEUZE (cuyo vínculo con la fenomenología de Husserl es sólo tangencial), siempre me ha resultado especialmente esclarecedor para lo que supone la presencia del Otro en el campo perceptivo y su ausencia. Decía Deleuze —con toda probabilidad a partir de Husserl-Sartre— que «el otro no es ni un objeto en el campo de mi percepción, ni un sujeto que me percibe; es, en primer lugar, una estructura del campo perceptivo sin la cual este campo, en su conjunto, no funcionaría como lo hace. Que esta estructura sea efectuada por personajes reales, por sujetos variables, yo para vosotros y vosotros para mí, no impide que preexista, como condición de organización en general, a los términos que la actualizan en cada campo perceptivo organizado —el vuestro, el mío. Así, el Otro a priori, como estructura absoluta, funda la relatividad de los otros como términos que efectúan la estructura en cada campo. Pero ¿cuál es esta estructura? Es la de lo posible. Un rostro espantado es la expresión de un espantoso mundo posible, o de algo espantoso en el mundo, que yo no veo todavía. Comprendemos que lo posible no es aquí una categoría abstracta que designa algo que no existe: el mundo posible expresado existe perfectamente, pero no existe (actualmente) fuera de lo que lo expresa. El rostro aterrado no se parece a la cosa aterradora; la implica, la envuelve como otra cosa, en una especie de torsión que pone lo expresado en lo expresante. Cuando yo capto a mi vez y por mi cuenta la realidad de lo que el otro expresaba, no hago nada más que explicar al otro, desarrollar y realizar el mundo posible correspondiente. Es verdad que el otro ya da una cierta realidad a los posibles que envuelve: hablando, precisamente. El otro es la existencia de lo posible envuelto. El lenguaje es la realidad de lo posible en tanto que tal. El yo es el desarrollo, la explicación de los posibles, su proceso de realización en lo actual», DELEUZE, G., *Lógica del sentido*, Barcelona: Paidós, 1989, p. 306.



publicado en el diario *El País*, en el que decía rendirse de admiración ante Virginia Woolf y *To the Lighthouse*, especialmente en su segunda parte: *El tiempo pasa*. Muñoz Molina comenzaba su artículo recordando el haiku de Borges “En el desierto acontece la aurora. Alguien lo sabe”. Luego me referiré a él con más detenimiento. Éste es, resumido, el pasaje de *Al faro* al que se refería Muñoz Molina. En verdad, es *Alguien* quien dice —y nosotros le leemos— que

Una vez apagadas todas las luces, la luna se hundió, se inició un tamborileo de llovizna sobre el tejado y sobrevino un chaparrón de inmensa oscuridad. Parecía que nada iba a poder escapar a aquella oleada, a aquella inundación de oscuridad, que, colándose por todas las rendijas y por el ojo de las cerraduras, se escabullía por las persianas y se iba tragando aquí una jarra, allá una jofaina o un florero lleno de dalias rojas, y acullá los agudos perfiles y el bulto macizo de la cómoda. Pero no eran solamente los muebles lo que quedaba desvanecido e indistinto, apenas si se reconocía algún resto de cuerpo o de pensamiento del que pudiera decirse “eso es tal” o “eso es cual”. Sólo de vez en cuando se percibía el gesto de una mano intentando agarrarse a algo o defenderse de algo, o el gemido de alguien o una risa cosquilleando la nada, como queriendo jugar con ella. Nada rebullía en el salón, ni en el comedor ni en la escalera. Nada más que aquellas rachas desprendidas del cuerpo del viento se filtraban sigilosamente por las esquinas y se aventuraban al interior haciendo crujir los goznes herrumbrosos y las molduras hinchadas por la humedad del mar. Hay que tener en cuenta que la casa estaba tan destartada! Casi podía uno imaginarse aquellas ráfagas sutiles penetrando en el salón, investigándolo todo, fiseándolo todo, jugueteando con un girón suelto del empapelado de la pared, preguntándose cuánto tiempo duraría colgando de allí, cuándo se desprendería del todo. Se refregaban sutilmente contra las paredes, las recorrían cavilando, como queriendo preguntarle a las rosas rojas y amarillas estampadas en el papel cuándo se marchitarían, examinando -sin prisa, porque tenían todo el tiempo por suyo- las cartas rotas tiradas a la papelera, las flores, los libros, todo lo que se ofrecía a su examen, interrogando a cada cosa para averiguar si era su aliada o su enemiga, para saber cuánto tiempo iba a durar allí.

Y así, guiados por la luz casual de alguna estrella que quedaba al descubierto o de algún barco errabundo, o del faro cuando eventualmente dejaba su pisada blanquecina en las escaleras o en el felpudo, aquellos vientecillos trepaban escaleras arriba y husmeaban ante la puerta cerrada de los dormitorios. Pero allí no tenían más remedio que detenerse. Todo cuanto por doquier estaba abocado a la muerte y la desaparición, allí dentro se mantenía a buen recaudo. Era como si, al inclinar su aliento sobre la cama misma, alguien les dijera a aquellas luces resbaladizas y a aquellos vientecillos enredadores: “Aquí no podéis tocar nada, nada lograréis destruir”. Al sobrevolar aquellos párpados cerrados, aquellos dedos trenzados con abandono, sus propios dedos de luz alada tomaban la consistencia de una pluma y por primera vez, fatigados y espectrales, se veían obligados a plegar su equipaje y abandonar el campo. Y continuaban frotándose contra la ventana del descansillo, subiendo al cuarto de las criadas, a las arcas de la buhardilla, volviendo a bajar, empalideciendo las manzanas del frutero que estaba sobre la mesa del comedor, manoseando los pétalos de las rosas, probando su suerte sobre el cuadro depositado en el caballete, revolcándose encima del felpudo, levantando un remolino de arena en el suelo.

Y al final, dándose por vencidos, se reagruparon, suspiraron y remitieron al unísono, soltaron una ráfaga de quejas sin sentido, a la que contestó una puerta ba-

tiéndose en la cocina, oscilaron en el vacío, reconocieron su impotencia y se largaron dando un portazo.

(En aquel momento, el señor Carmichael, que había estado leyendo a Virgilio, sopló su vela. Era más de medianoche)<sup>15</sup>.

Se trata, en principio, de los *personajes* como *egos experimentales*, para luego pasar a ese extraño personaje (¿o no lo es?) que los críticos llaman *Voz Narrativa*. Muy brevemente: como he recordado antes, en *La intención comunicativa* desempeñaba un papel importante la *Umfiktion* que permite mediar el acceso al Otro/los Otros<sup>16</sup>. El Otro es, al mismo tiempo, *Otro-que-yo* y *Yo-de-otro-modo*, o *mi-posible-ser-de-otro-modo-allí-ya-ahora*<sup>17</sup>, manteniéndose “trascendente a mí” (Otro-que-yo) en la medida en que se le reconociera, amén de aquel *allí + ahora*, un reducto de *interioridad y opacidad* o, si preferimos, *inaccesibilidad* o —lo que sonará más bellamente— *trascendencia*. El proceso en virtud del cual, en grados diversos de pasividad y actividad, me pongo *en lugar del Otro*, desde la *Paarung* más básica y pasiva hasta el nivel más elevado del activo diálogo racional, exige un ejercicio de *Umfiktion* más o menos explícito y en mayor o menor grado mediado hermenéuticamente. La *Umfiktion* debe ser tomada en serio no meramente como un modo de acceder al Otro existente, sino, *in extremis*, como una especie de “surtidor” (eidético, si se quiere) de “Otros” (posibles)<sup>18</sup>. Si es así, insistiré en ello, estaría justificado el tránsito desde el Otro existente, por ejemplo, al que percibo como estando allí, a un Otro del que pudiera ignorar si existe, siendo su presencia (tal vez real, o simplemente posible, o incluso inverosímil) suficiente para concederle su relevancia y aporte experienciales<sup>19</sup>. Si el Otro es *Otro-posible*, podría existir y presentarse en persona, allí, con tales o cuales rasgos, mirando un seto o mirándome a mí, etc., ciertamente, pero también podría no existir. Podría ser, por ejemplo, Otro en cuyo lugar se me incitara a ponerme, a introducirme en su carácter, a

<sup>15</sup> WOOLF, V., *Al faro* (trad. C. MARTÍN GAITE), Barcelona: Pocket/Edhasa, 1986, 163-167.

<sup>16</sup> En *La intención comunicativa* resultaba esencial combinar estas dos tesis de Husserl: a) “El universo de las posibilidades de mi ser-de-otro-modo se ‘recubre’ a la vez con el universo de posibilidades de un Yo en general” (Husserl, E., *ZPI II*, anexo XX, p. 154), y b) “a cada posibilidad de otro Yo en general, separado de mí, corresponde una posibilidad de mi ser-de-otro-modo. Cada yo ajeno (extraño) ha de recubrirse con el mío, cada uno tiene su propia individualidad, pero ambos tienen la misma ‘esencia’”, *ibíd.*, 154-155.

<sup>17</sup> Su posibilidad no me excluye ni me lanza al pasado, como dice Deleuze. Si así fuese, podría ser que el Otro fuese Yo-luego. Pero si es *ahora y allí*, tiene que ser Otro.

<sup>18</sup> En base no a *alteraciones* (*Veränderungen*), sino de *Variationen* de mi yo como ejemplo inicial. Somos contemporáneamente diferentes. Cf., respecto a esta cuestión, HUSSERL, E., *Experiencia y juicio*, México, UNAM, § 87.

<sup>19</sup> Cf. MORENO, C., “Verdades irreales. Fenomenología de la ficción y modificación de neutralidad”, en *Philologia Hispalensis* XXVII, 3/4 (2013), 51-82.

desenvolverme en los entresijos de sus ideas, con el que simpatizar conviviendo con sus inquietudes, al que comprender por sus relaciones familiares, pudiendo resultarme odioso, incomprensible, interesante, atractivo, repulsivo, etc. Sería vano que pusiera un ejemplo, porque habría infinitos ejemplos válidos para cualquiera que sepa lo que es leer una novela y encontrarse con personajes/*egos experimentales*<sup>20</sup>.

Podemos avanzar un paso más, sin embargo, abordando a ese *Alguien lo sabe* que encontramos en la experiencia literaria y que sería la *Voz Narrativa* (si bien en verdad no hay propiamente *Voz*, sino *Escritura* —lo que sin duda es muy relevante y digno de ser pensado (Derrida al fondo<sup>21</sup>). No quisiera aquí entretenerme con erudición filológica en esta cuestión, que ante todo me ha servido como motivo o estímulo. Es esa especie de “Voz” de la que suele decirse, con imprecisión, que narra en algunos casos desde dentro (por ejemplo, coincidiendo con alguno de los personajes, pudiendo ser el protagonista o no) o —como es el caso que nos interesa aquí— “desde fuera” en la medida en que no coincidiese con ninguno de los personajes (y menos con el/la protagonista), que se infiltra por doquier, merodea, parece saber más, o que al menos tiene conocimientos que otros no tienen (la omnisciencia del “autor omnisciente” no pasa de ser un presupuesto inverificable), va y viene, asiste, etc. En la medida en que *no es nadie en concreto* y carece de rasgos determinantes, suele pasar-nos desapercibido. No parece que ese discurrir de observaciones, descripciones, comentarios, etc., sea en verdad de un personaje, al menos en el sentido usual del término, si insistimos en figurarnos al “Otro” con o como una presencia corporal, un nombre, un rostro, etc. Sin embargo, a pesar de su indeterminación, son las palabras, las miradas, los comentarios de “un Otro” en la medida en que indudablemente no son mías; evidentemente ese Otro *no soy yo*, que sólo leo y -esto sería decisivo- *le voy a la zaga*. Sé que *no soy yo*, pero si se me apurase a determinar *qué* o *quién* es esa voz me vería obligado, con Genette o Bal, a decir que ese *Alguien* sólo puede ser *un Yo*, aunque no se presente como tal<sup>22</sup>: está muy cerca de mí, como lector (casi diría que *me habla al oído*) pero

<sup>20</sup> MORENO, C., “The sense of possibility. On the ontologico-eidetic relevance of the character (the experimental ego) in Literary experience”, en *Analecta husserliana* XXXVII (1991), 329-342.

<sup>21</sup> Dejaremos para otra ocasión un debate más próximo a DERRIDA, J., *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, Valencia: Pre-textos, 1985.

<sup>22</sup> “Mientras haya lenguaje, tendrá que haber un hablante que lo emita; mientras esas emisiones lingüísticas constituyan un texto narrativo, habrá un narrador, un sujeto que narra. Desde un punto de vista gramatical, siempre será una “primera persona”. De hecho, el término “narrador de tercera persona” es

*no-soy-yo*, ni tampoco tiene por qué ser el autor, porque puede diferenciarse *intraficcionalmente* del autor empírico (extraficcional) en el caso de que la propia Voz nos ofrezca pistas sobre su determinación mundana o personal (por ejemplo, si se nos da a entender que es una mujer que trabaja en la Bolsa, mientras que el autor empírico es un varón sexagenario) y, por otra parte, en el caso de que conozcamos al autor empírico (lo que no es necesariamente el caso —por ejemplo, en el caso de un texto *profundamente anónimo*). Además, como decía hace un momento, esa Voz *no sólo narra, sino que nos guía*, vamos tras sus palabras como si siguiéramos los pasos de un Alguien/Yo desconocido en un terreno virgen, ignoto, impredecible (incluso más que los personajes)... *Nos ponemos en sus manos, o en sus palabras*, incumbiéndonos a nosotros llenar los *espacios de indeterminación* (Ingarden), pero sin que pudiésemos ponernos a la altura de su *discurrir-de-palabras* (flujo verbal) que transporta miradas, argumentos, etc.

Pues bien, el paso desde los personajes como *egos experimentales* a la voz narrativa *heterodiegética* permite que pensemos una cierta modalidad específica de voz narrativa que surge no simplemente para *complementar* a los personajes “en activo”, *convivir* con ellos al hilo del relato o, simplemente, para decir una perspectiva diferente, más profunda o a guisa de comentario. De entre las modalidades de la voz narrativa, me interesa la voz narrativa heterodiegética que actúa *a falta de Otros*, o expresamente *en ausencia de la conciencia* de Otros, durmientes (como en el caso de *Al faro*) o muertos, porque, gracias a ella, ese gran recurso didáctico que puede llegar a ser la experiencia literaria nos facilita comprender (ésta será en adelante nuestra cuestión a pensar) el *continuum de fenomenalidad*. El autor *delega* en la Voz narrativa la posibilidad de mantener alerta o en vilo el campo de fenomenalidad... Me importa, así pues, aquella expresión de la Voz/Mirada que entra en escena justamente para *suplir o sustituir* a la conciencia de los personajes (o en la que éstos pueden delegar) *cuando justamente no pudiesen acceder* al aparecer, ni éste a ellos, encontrándose en una situación básica de *inconsciencia* transitoria (en el caso del sueño, del que se espera despertar) o radical (en la que nos sumiremos al

absurdo: un narrador no es un “él” o una “ella”. En el mejor de los casos podrá narrar *sobre* algún otro, un “él” o una “ella”. Por supuesto que ello no significa que carezca de valor la distinción entre narraciones de “primera y tercera persona”, BAL, M., *Teoría de la narrativa*, Madrid: Cátedra, 1990, 127. Cf. también GENETTE, G., *Figures III*, París: Seuil, 1972, 252.

morir)<sup>23</sup>. A la Voz narrativa o a esta Voz/Mirada le incumbiría recordar que *Aún-Hay-Fenómeno mientras se duerme y después de morir*, y con ello asumir expresivo-ficcionalmente la versión más profunda del *desvelo* y del *desvelamiento*. Lo que se trata de comprender es en qué medida este desvelo no sería meramente psicológico, sino trascendental. Nos haría saber que el Testigo ya no ha de ser siempre ni necesariamente el *protagonista intramundano*, habiéndose ausentado, sino *Alguien Subsidiario* que debe mantener el *continuum* de la Donación. Quién sabe si de este modo no podríamos transitar de una *egología de primer grado*, repartida entre mí y los *egos experimentales* que pudiese imaginar o reales (con los que podría encontrarme) a una extraña *egología de segundo grado*, posibilitada por la *Voz Narrativa*.

##### 5. EL OTRO, UN OTRO, ALGUIEN, IN CASU EXTREMAE SUBSIDIARIETATIS.

Entre el Otro en que debo delegar para cuando *duerma* y aquel en que hebré de delegar para cuando *muer*a, la diferencia estriba en que, aunque en ambos casos me tenga a mí mismo o al Otro como ausente, en el caso de mi muerte debo “desdoblarme” más profundamente, concediendo al Otro (antes subsidiario sólo interinamente) un protagonismo permanente. De lo que se trata es de penetrar comprensivamente en esta situación. Sé (y es decisivo decirlo así: sé) que al desdoblarme hago surgir a *un-Otro-en-mí* que no-soy-yo (es Otro-que-yo) aunque deba aparentar, como ayuda psicológica, que soy-yo-mismo-desdoblándome, incluso con la eficaz deuda (o “equipaje”) de lo que veo, toco, siento... Nuestra conciencia mantiene cosido *psicológicamente* ese *Otro-en-mí* a mí mismo y mi mundo, pero sé —salvo que sea hipócrita y piense

<sup>23</sup> Basándose en HUSSERL, E., “Die anthropologische Welt”, en *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, Textos complementarios (Husserliana XXIX), Dordrecht/Boston/London: Kluwer, 1993, 321-338, dice J. V. Iribarne que “en el dormir, el dejar ir el mundo es total cuando se trata del dormir sin sueños. Esto es interesante porque el mismo Husserl, en otros textos, se ha preguntado, precisamente, si morir es dormir. Por cierto, su respuesta es negativa, puesto que del dormir despertamos, y del morir, hasta donde sabemos, no despertamos. Pero hay algo en común entre el dormir y la muerte: en ambos casos la actividad perceptiva está suprimida. La experiencia del insomnio da testimonio de que mientras nuestra conciencia no deje de tener mundo, sea en forma de recuerdo, de proyecto, o hasta siga siendo perfecta, y en particular en caso de que el insomne se dé por vencido, encienda la luz y se entregue a la vigilia, se suspende la posibilidad de dormir. En términos de Husserl, en el dormir sin sueños se da un “estar sumergido”, un “haber-soltado, no captar nada más, no percibir más nada, no tener nada más presente. Estoy en mí y sin embargo no me ocupo de mí y de ese modo estoy en mí”. Entonces sobreviene la pregunta: ¿He terminado de ser? A la que responde que ha cesado de ser en el mundo. Pero este “no-haber-captado-nada” es él mismo un modo de la vida, y la vida en ese modo es como vida, vida fluyente, cerrada contra el estímulo, contra apercepciones y, sin embargo, fluyente”, IRIBARNE, J. V., “Tener mundo – Dejar ir el mundo”, en *En torno al sentido de la vida*, op. cit., supra, 128.

de mala fe— que *no-soy-yo*, que *no-seré-yo*, y me resulta esencial saber que nada indica —en mi conciencia de *ser-relativamente-a-la-muerte*—, que estas cosas que ahora (por el momento) puedo tocar, aquellos rostros que veo (por ahora), esta taza, no vayan a sobrevivirme -aunque respecto a niveles de experiencia más subjetivos, qué duda cabe de que *también sé* que “mi mundo” ya no permanecerá tal como se encontraba vinculado a, o involucrado en, mí. En cualquier caso, cederé al Otro (yo-de-otro-modo y Otro-que-yo, en grados diversos) la responsabilidad de ser *Testigo Protagonista*. Husserl se refirió con frecuencia a esta cesión bajo el rótulo de *Generatividad*. A la extrañeza de que sin ser yo sea un Yo (aunque no lo parezca) el que me/nos sustituya se une la peculiaridad de que, siendo inimaginable, me vea impelido a imaginarlo y que se parezca a mí, y que lo que sea real para mí siga siéndolo para Él. Tiene que ser realmente un Otro que no fuese yo y a la vez tengo que encontrarlo como vinculado conmigo tan estrechamente, *tan dentro de mi conciencia*, que, en seguimiento de una argumentación *more cartesiano*, no pudiera ser arrastrado conmigo al sueño o a la muerte. Precisamente ese *Él/Alguien* no sucumbirá.

Así pues, desde este punto de vista, el Testigo se repartiría no por capricho, sino necesariamente, entre el que se ausenta (yo, titular prot-agonista) y “el que queda” (otro, Alguien, suplente delegado), y, por otra parte, la Donación, distribuyéndose entre ambos. En este sentido, lo que llamamos *Realidad (Objetividad)* parece mediar (debiéndose dar la razón a Husserl, en tantas de sus argumentaciones) entre mí y el Alguien subsidiario que esa Realidad reclama para estar “fuera de mí” o trascenderme. Lo que resulta interesante es que mi yo segregue el Alguien que me sustituirá y que este Alguien sea al mismo tiempo mi suplente y el prot-agonista *imprescindible*, pasando yo, el inicialmente prot-agonista, a ser secundario. En el fondo, incluso podría imaginarse que es este Alguien el que delega en mí *por-el-momento*.

Lo que está aquí en juego es que aquello a lo que se dirige la conciencia y que me excede a mí e incluso a mi vecino no sólo reclama *saber-más-y-mejor*, sino que se mantenga abierta la fenomenalidad aunque durmiésemos o muriéramos, sostenida ino realmente! (¿quién podría saberlo?), sino fenomenológico-trascendentalmente por *Alguien desconocido y vinculante*: vinculante en el doble sentido de: a) vinculante de la Fenomenalidad en el *Entre* donde hallamos la *Donación* y el *Dativo de Manifestación*, y b) vinculante entre *Yo-y-Otro*, reunidos en *Alguien/Cualquiera*.

Así como los países, las patrias o los ejércitos rinden homenaje "*Al soldado desconocido*", la fenomenología debería rendir tributo "*Al Testigo Desconocido*".

Hay, *tiene que* haber una fenomenología indirecta o tangencial del Testigo-Ausente, o Ausentado, así como de ese "Testigo desconocido" subsidiario, delegado, que no es tanto *omnisciente* cuanto (*cualitativamente*) *omnipresente*. ¡No se trata tanto de que *Sepa* mucho, sino de que *Asista*! Sin embargo, no es posible una fenomenología del Testigo ausente *total*, pues para que haya aparecer, y por tanto Fenomeno-Logía, tiene que haber un testigo, Alguien-y-Algo, Cualquiera y Cualquier-acontecer, e *in extremis*, *sin condiciones*: un Aparecer Incondicionado —con la excepción de que *Alguien lo sepa*.

Que se pudiera pensar a partir de aquí el *Prinzip aller Prinzipien*<sup>24</sup>, exigiría pasar anticipadamente el testigo de la fenomenalidad a Otro, trasladar a su anterioridad o posteridad (con relación a mi presente) la Donación de la Intuición ya sida o porvenir. Quizás inintencionadamente, Husserl se cuidaba de no restringir la Donación un *A mí/Me*, sino de pro-ponerla un *A nosotros/Nos: UNS* —al que tal vez se podría apurar (en tal sentido se orienta este intento) como un *Alguien omniatractor* de la Intuición Venidera, diferida o demorada, una Intuición, si se quiere, *testamentaria*<sup>25</sup>.

## 6. UNA EGOLOGÍA-DEL-OTRO.

EN EL DESIERTO ACONTECE LA AURORA, ALGUIEN LO SABE.

La *egología de primer grado* (la que en verdad entrelazamos intersubjetivamente entre yo y tú, tú y yo) sería *metafísicamente* precaria frente a esta *egología de segundo grado*, como *Egología-del-Otro* que aquí se busca sentir a través de este desvío que supone lo que podríamos considerar como *Dativo-de-manifestación-en-off*. Aunque no pueda darse el Aparecer sin mí ni ti como enclaves trascendentales individuales y fáctico-psíquicos, pues el Alguien *no existe*, estaríamos a punto de pensar que ni yo ni tú somos necesarios a la fenomenalidad mientras haya ese *Super-Yo-trascendental* (si se me permite)

<sup>24</sup> Dice el Principio: "Pero basta de teorías equivocadas. No hay teoría concebible capaz de hacernos errar en cuanto al Principio de todos los principios: que toda intuición originariamente dadora es una fuente legítima de conocimiento; que todo lo que se nos ofrece en la 'intuición' originariamente hay que aceptarlo simplemente como lo que se da, pero también sólo en los límites en que en ella se da» (Husserl, E., *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, vol. I. (trad. A. ZIRIÓN), México, UNAM, FCE, 2013, 129).

<sup>25</sup> DERRIDA, J., *op. cit.*, 158.

del Dativo de manifestación. O mejor dicho, para evitar equívocos supérfluos: somos *necesarios* en la medida en que ese Otro nos reclama para ser alumbrado en/por mí, por ti, por nosotros, y al mismo tiempo no somos necesarios en tanto el Otro al que alumbramos podrá sustituirnos. *Soy necesario para pensar esto que acabo de pensar*, es decir, para *pensar que no-soy-necesario mientras Otro vele* durante mi ausencia o me reemplace cuando yo no esté. Sé (pero, por supuesto no podré verificarlo) que lo haría no sólo conmigo, sino *con todos nosotros*. Parece como si este pensamiento *me adelantase*, me precediera, permitiéndome *profetizar* que no se hundirá la fenomenalidad en la ausencia de mi sueño o, más radicalmente, de mi muerte.

Es quizás ahora cuando podemos añadir alguna clave de comprensión más a lo que sería la “inmortalidad” de la subjetividad trascendental. En efecto, Husserl decía que

el Yo no puede nacer [*entstehen*] ni perecer [*vergehen*], siempre vivencia (“piensa siempre”) el Yo; la subjetividad monádica pura que nos ofrece, en su pureza, la reducción fenomenológica es “eterna”, en cierto sentido inmortal. Pero nacer [*geborenwerden*] y morir [*sterben*] en sentido natural puede sólo lo natural, el hombre como miembro de la Naturaleza. Es impensable que un Yo puramente comprendido o, más concretamente, una subjetividad monádica, no sea<sup>26</sup>.

La *apelación al Otro-en-Off* (me, nos) avala que aunque me/nos ausente/mos, *no por ello dejará de acontecer la aurora en el desierto*. Entiéndase, a fin de no caer en un error interpretativo nefasto (y que ya conocemos histórico-filosóficamente —pensemos en el idealismo de corte berkeleyano), que no se trata de que acontezca la aurora como acontecimiento del mundo natural/físico *porque* haya Alguien “que lo sepa”, sino de que *pro-fetizo* (pro-fiero, pre-digo, pre-veo) que aquella aurora allá lejos, en el desierto, no sólo podrá tener, sino que ya tiene, su testigo, y que sólo puedo “anunciar” esa aurora porque me apoyo en ese “Alguien” que está allí, ahora. Por eso Borges sólo utiliza el tiempo verbal del presente (*acontece, sabe*). Pero, ¿y si no hay *realmente* allí nadie? En verdad será cierto, *in extremis*, en una zona importantísima de subsidiariedad para el Otro subsidiario, que ya *se dan ojos al lenguaje*<sup>27</sup>: *que ve(o) con palabras*: el lenguaje, delegado en o al hogar de palabras y frases viene en

<sup>26</sup> HUSSERL, E., *ZPI II*, p. 157.

<sup>27</sup> PAZ, O., “Nocturno de San Ildefonso”, en “Vuelta”, en *Obra poética* (1935-1988), Barcelona: Seix Barral, 1998, 636.



ayuda del Aparecer —pues no demandamos que exista *fácticamente* ese “Acontece la aurora”. No se trata simplemente de que *diga* que “acontece la aurora”, sino de que ya veo que “acontece la aurora”. Como decía Octavio Paz

La poesía  
siembra ojos en la página,  
siembra palabras en los ojos.  
Los ojos hablan,  
las palabras miran,  
las miradas piensan.  
Oír  
los pensamientos,  
ver  
lo que decimos,  
tocar  
el cuerpo de la idea.  
Los ojos  
se cierran,  
las palabras se abren<sup>28</sup>

Sin duda no se trata sólo de la Poesía. Derrida supo extraer de esta suerte de argumentación una poderosa reivindicación del significante lingüístico, cuando la Voz se hace Escritura (como en nuestro caso de la *Voz-Narrativa*). Borges no dice en su haiku que *Alguien lo ve* (el acontecer de la aurora), sino que *Alguien lo sabe*. Quizás incluso podría haberse dicho que *Alguien lo dice* -lo que nos conduciría más lejos, y no quisiéramos aventurarnos en tal dirección, más compleja. Podría replicarse, sin duda, que el *acontecer* no tiene por qué *aparecer*, y que eso zanjaría la cuestión haciendo innecesario al Alguien. Ahora bien, de no suponer no ya que apareciera, sino, en la más pura tradición del pensar trascendental, que *pudiera* aparecer, ni siquiera podríamos figurarnos, del modo más lejano y “desdibujado”, dicho acontecer. Mientras que el Aparecer sin que yo esté puede recurrir a este Alguien del que estamos hablando, sin embargo, presuponer ese *Acontecer-Sin-Aparecer*, y *por tanto sin Alguien*, sólo podría ser *imposiblemente* mentado en el *más absoluto de los Vacíos*, ya *entrando en la Nada del Nadie*. Si no hay Alguien, no habrá Aparecer: una Nada fenomenológica. Y lo que es más relevante: es difícil mantener ese Acontecer-sin-Aparecer, porque tendría que exigir no sólo *que no haya nadie* (lo que me pondría en dificultades), sino *que no pudiera haber nadie*. No puedo figurarme, ni siquiera en vacío, un Acontecer sin Aparecer de no ser porque imagine allí un

<sup>28</sup> PAZ, O., “Decir: Hacer”, en “Árbol adentro”, en *ibíd.*, 666-667.

*Testigo Mínimo.* Como si dijese que «un guijarro se desliza en el fondo de fango de la corriente del río». Nadie hay ni habrá allí para verlo. Y sin embargo, *Alguien lo sabe*. Ahora podemos comprender un poco mejor a Husserl:

Yo soy y tengo la evidencia no sólo de que soy, sino que soy necesariamente. Es para mí impensable que yo no sea. Es también impensable, por tanto, que no sea ningún Yo en general. También tengo la evidencia general de que para ningún Yo es pensable que ningún Yo sea.

Yo soy quien soy. Pero yo podría, sin embargo, ser de otro modo. Es un mero hecho [*Faktum*], ocasional [*zufällig*], que yo sea el que soy o así como soy. Tengo la evidencia del poder-ser-de-otro-modo [*Andersseinskönnen*], y el ámbito del posible ser-de-otro-modo radica a priori “en” mí, yo “podría recorrer intuitivamente todas las posibles modificaciones de mí mismo”<sup>29</sup>.

Desde esta perspectiva, *Alguien* o también “*Cualquiera*”<sup>30</sup>, sería una especie de super-atractor del *Andersseinskönnen*, de modo que por lo que se refiere a su potencial de ser subsidiario, abarcaría desde el Testigo que me permite anticipar que esta taza que tengo frente a mí seguirá ahí aunque me durmiese o muriera en este mismo instante, manteniéndose el orden y la cordura del mundo tales como los reconozco, hasta un Aparecer puramente “asistible” (es decir, al que Alguien pudiera asistir), pero sin un contenido determinable, en la proximidad de una *Aurora pura*<sup>31</sup> y de lo que llama Husserl en *Ideas I* la *conciencia absoluta*, al cabo de una hipotética *destrucción*, o quizá *anonadamiento*, del mundo (*Vernichtung der Welt*)<sup>32</sup> tal como lo conocemos y según sus hitos objetivos y cósmicos más consistentes y estructurados.

No hay salida: si *no* se trata aquí de *Nada* ni de que tenga que quedar absolutamente ciego, sordomudo, sin tacto, sin palabra, sin recuerdos... si no se trata del *aparecer clausurado*<sup>33</sup>, si la Nada desde siempre ya está negada (como no podría ser de otro modo), en verdad no puedo salir de *que Alguien lo sepa*. Pero no es una cárcel, porque fuera no hay nada. Si no lo admitiese, sólo habría un Silencio Sordomudo absoluto, incoloro (decir que todo sería “como en negro” ya sería este “negro” demasiado visible y colorido). Insistamos: el Dativo no tengo que ocuparlo *de hecho* yo: ni éste o aquél, ni yo ni tú ni nosotros

<sup>29</sup> E. HUSSERL, *ZPI II*, 154-155 (Beilage XX).

<sup>30</sup> A fin de no extenderme demasiado, en lo relativo a la enorme importancia intuitiva y eidética del “Cualquiera” remito al lector a Moreno, C., *La intención comunicativa*, op. cit., 251-253.

<sup>31</sup> Cfr. MORENO, C., “Evidencia inspirada”, art. cit. supra.

<sup>32</sup> Cfr. HUSSERL, *Ideas I*, § 49. El texto de Husserl debe ser leído con detenimiento. Sigue siendo impresionante en muchos aspectos.

<sup>33</sup> Cfr. MORENO, C., “El aparecer clausurado”, art. cit. supra.

ni vosotros ni ellos. La maravilla de este *Alguien Virtual* nos incluye a todos, todos (nos) delegamos en Ello (porque no sé si será Él o Ella). Si se me permitiera decirlo de otro modo, con resonancias heideggerianas, diría que ese *Alguien es el "pastor" del Logos fenomenológico-trascendental del Absoluto fenomenológico*. Probablemente, si hurgáramos en otras derivas, encontraríamos que de esta experiencia surgió, al menos en parte, *el Ojo de Dios*<sup>34</sup>.

*Alguien* es siempre *Super-viviente*. No tendría que ser fácticamente "real", superviviente *efectivo* de una gran devastación *verídica* en el mundo *real*. Ese *Alguien no tiene que existir, basta que me/nos acompañe...* que siga ahí, *injer-tado en la Donación* como su *A quién* se da o como su Dativo de Manifestación, en este caso en *Off*, como *cosido al Acontecimiento en la medida en que Aparezca*. Sería —y podríamos decirlo así si no nos traicionasen las palabras— como un *Fantasma*, nuestro *Doble (que compartimos todos)*, que siempre aparece psicológicamente en las figuraciones concretas de nuestras ausencias provisionales, pero también, ahora, en esta *ausencia para siempre*. Mi confianza en la pervivencia de lo real, que muestra indirectamente mi finitud, o del Aparecer *tout court* depende de este *saber/creer/confiar* que queda(rá) un Otro para asistir a lo que yo ni nosotros podremos asistir: como si de reojo fuésemos ese *Alguien*. Si hiciera *epojé* de este Otro, todo se hundiría en las tragaderas de mi ausencia. Se anunciaría, entonces, una fenomenología -ahora sí- *solipsista*.

[ANEXO]

Gran parte de la presente meditación (no aspiro a llamarla de otro modo), tan laboriosa y reiterativa por momentos, depende de un hipotético debate con el conocido

<sup>34</sup> Cf. BERKELEY, G., *Tres diálogos entre Hilas y Filonus*, Barcelona: Aguilar, 1978, 125: "HILAS.- Supongamos que seas reducido a la nada; ¿no puedes concebir como posible que las cosas perceptibles por los sentidos puedan aún existir?

FILONUS.- Puedo; pero entonces tienen que estar en otra mente. Cuando niego a las cosas sensibles una existencia fuera de la mente, no me refiero a mi mente en particular, sino a todas las mentes. Ahora bien, está claro que tienen una existencia exterior a mi mente, pues encuentro por experiencia que son independientes de ella. Hay, sin duda, alguna otra mente en la cual existen, en los intervalos que separan los momentos en que las percibo, así existían antes de mi nacimiento y existirán después de mi supuesto aniquilamiento. Y como lo mismo ocurre con respecto a todos los otros espíritus finitos creados, se sigue necesariamente que hay una mente eterna, omnipresente, que conoce y abarca todas las cosas y nos las presenta ante nuestros ojos en la forma y con arreglo a las normas que ella misma ha dispuesto, a las cuales llamamos leyes de la naturaleza". Sin duda, muchos de los enredos de Berkeley en torno al *esse est percipi* proceden de no haber practicado la *reducción fenomenológico-trascendental*, enredado entre una realidad en actitud natural (pre-crítica) y un *percipi* claramente expuesto a ser psicologizado.

comienzo de *Verdad y mentira en sentido extramoral*<sup>35</sup>, de Nietzsche. Junto al Absoluto de esta Adherencia primordial y del Entre de los que estamos hablando, al lado no ya de los que duermen sino de los *morituri*, está también esta especie de *Pseudo-Dios* que por medio del Nietzsche-Fabulador cree poder ver, siempre *Después*, una *Tierra sin Hombres*. Sin embargo, en todo caso, ¡hay que poner a este *Sujeto Sabelotodo* para avalar que *ya no queda/no hay Nadie*, que se ha ido el Último, porque este Sabelotodo es el *Post-Último*. Este *Kosmotheorós*...podrá insinuar el acabamiento de la fenomenalidad, pero aun así caerá en la trampa de proponer una Visión, una Imagen, porque de otro modo *no podría saberse que no queda nadie*... La línea que aquí hemos seguido es diferente, a partir del *Alguien lo sabe*.

Llegados a la situación de la amenazante fábula de Nietzsche, sólo cabe reconocerla y, por así decirlo, "darse la vuelta". No hay nada que hacer, nada-de-nada. De aquí para atrás, ciertamente, *Todo*; es preciso volverse. La vía nietzscheana sólo tiene un valor terapéutico de humillación disciplinaria, pero por lo demás es completamente estéril. De aquí hacia un Adelante sin Adelante, sin Palabra, sin Futuro: *Nada*. Ni siquiera es un *Abismo*.

Es imposible y absurdo decir: *Estoy-Muerto*. Es imposible, pero no es absurdo, decir: *No-queda-Nadie*, pues *Alguien* ha de saberlo [Fin del anexo]

Continuamente siempre estamos dejando el Acontecer *en manos de Otro*, garante de la aventura del *Hay-Fenómeno* para *Alguien, que no es poco*. Hasta desfallecer.

*Después de todo*, no soy dueño exclusivo de la *Intuición*, pues también un Otro/Alguien vela por ella.

## 7. DIE EWIGE STRÖMUNG. Y YO ME IRÉ [...] Y SE QUEDARÁN...

No es posible el *Absoluto fenomenológico-trascendental* si no se da la *delegación* en un *Testigo Subsidiario o Dativo de manifestación "en Off"*. El encuentro entre Fenomenología y Tanatología conecta con este pensamiento acerca del yo que se autoinmola en favor de la Subjetividad Trascendental. Tanto como me es imposible imaginarme muerto, es cierto que, instruido intersubjetivamente en muchos sentidos, llevo en mí la *semilla* de esta trascendentalidad operativa, precisamente en la medida en que soy capaz de desplazarme (fantasearme) a *Alguien* que, en mi ausencia, no sucumba a mi sueño o a mi muerte. No tendrá que ser mi amigo, ni mi descendiente (parental) ni nadie que vaya a recordarme (o a "llorarme")... Ya hemos dicho que no es *Nadie concreto*. Cometeríamos un grave error si no reconociésemos que el *Testigo Desconocido* debe ser perfectamente *anónimo*. Incluso tal vez podrían ser, aparte de "un espíritu

<sup>35</sup> NIETZSCHE, F., "Verdad y mentira en sentido extramoral", en NIETZSCHE, ed. a cargo de Joan B. LLINARES CHOVER, Barcelona: Península, 1988, 41.

errante", unos "pájaros cantando" (vid. el poema de Juan R. Jiménez, infra). Quién sabe a qué extremos seríamos conducidos en las periferias intraeidéticas del *Testigo Desconocido*.

No se ha de esperar aquí consuelo "idealista" alguno. *De-lego en Otro* y le encomiendo recordarme que mi finitud o "mi vida", ésa donde todo acontece, como diría Ortega, no podrá retener ni absorber el Aparecer en los límites de su finitud. Ivan Illich, en el conocido relato de Tolstoi (*La muerte de Ivan Illich*), sabía algo de esto.

Insisto en algo ya insinuado anteriormente. Pudiera ocurrir que imaginara que ese Aparecer sigue la estela que yo y mi mundo le hemos trazado en nuestra estancia *pasajera*, o que, por el contrario, ese Aparecer se me presentara como *desvinculado*. Lo que podríamos considerar como el *Legado* esencial no guarda relación *necesariamente* ni con (mis/nuestras) querencias y afectos de entrañabilidad, familiaridad, etc., ni con ordenes precarios o solturas de "disoluta" fenomenalidad. Le vale un mundo o un post-mundo (o un pre-mundo). El Aparecer se reclama sólo a sí mismo como Aparecer Puro (*Algo, Florece porque Florece*), y a un Alguien que lo atestigüe. Apenas podría descenderse más abajo o hacia un Mínimo más ínfimo. Del primer caso (un mundo *post-mortem* ligado a mí) es ejemplo perfecto el poema de Juan Ramón *El viaje definitivo*:

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando;  
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,  
y con su pozo blanco.  
Todas las tardes, el cielo será azul y pálido;  
y tocarán, como esta tarde están tocando,  
las campanas del campanario.  
Se morirán aquellos que me amaron;  
y el pueblo se hará nuevo cada año;  
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,  
mi espíritu errará, nostálgico...  
Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol  
verde, sin pozo blanco,  
sin cielo azul y pálido...  
Y se quedarán los pájaros cantando<sup>36</sup>.

<sup>36</sup> Jiménez, J.R., "El viaje definitivo", en *Segunda antología poética (1898-1918)*, Madrid, Espasa-Calpe (Selecciones Austral, 6), 1981, 112-113).

Y de lo segundo (un Aparecer *post-mortem* desligado en general, y desvinculado de mí), los conocidísimos versos de la *Primera Elegía Duinesa* de Rainer M. Rilke:

Ciertamente, es extraño no habitar ya la tierra,  
 No seguir practicando unas costumbres  
 Apenas aprendidas;  
 No dar, no atribuir significados  
 De realidad humana futura ni a las rosas  
 Ni a esas cosas que son ofrecimientos  
 Sin fin. No ser lo que se era  
 En la infinita angustia de esas manos;  
 Tener que desprenderse hasta del propio nombre,  
 Como quien lanza, lejos de sí, un juguete roto.  
 Extraño es no volver a desear  
 Los deseos. Extraño es ver, perdido,  
 Disperso, en el espacio todo aquello  
 Que estuvo unido.  
 Y penoso estar muerto y trabajoso  
 Ir recobrando poco a poco un mínimo  
 De eternidad.  
 Pero todos los vivos comenten el error  
 De querer distinguir con excesiva  
 Rotundidad. Los ángeles —se dice—  
 Ignoran a las veces si están entre los vivos  
 Quizás, o entre los muertos. El eterno  
 Torrente arrastra las edades todas  
 Por ambos reinos y, en entrambos, logra  
 Hacer oír sus voces<sup>37</sup>.

En *El viaje definitivo*, el mundo *post-mortem* juanramoniano es muy semejante (por no decir que deliberadamente idéntico) a aquel que el poeta dejará atrás cuando muera. Alguien “ve” lo mismo que el Poeta, y éste se lamenta de su propia ausencia, aunque la asume con entereza, como *un espíritu errante y nostálgico*. En el caso de Rilke, no se trata tanto de la melancolía angustiada como del *extrañamiento de una Presencia Desvinculada: So lose im Raume / flattern zu sehen*. Rilke ahonda en la negación, en el desasimiento y, sobre todo, en la extrañeza de perder el habitar, las costumbres, los significados “de

<sup>37</sup> R.M. RILKE, *Elegías a Duino* (trad. de J.J. DOMENCHINA), México, Editorial Centauro, 1945, 30-31. “Elegías a Duino” (1ª), en *Antología poética*, ed. de J. F. ALEMPARTE, Madrid: Espasa-Calpe (Austral, 1446), 115. Hay diferentes traducciones. Por ejemplo, la de Joaquín Blanco: «Extraño, ver todo lo que tenía sus propias relaciones, aletear tan suelto en el espacio» ([http://www.literatura.us/idiomas/rmr\\_duino.html](http://www.literatura.us/idiomas/rmr_duino.html)), o la de Otto DÖRR ZEGERS: “Es extraño□ver ondear libre en el espacio todo lo que antes se amarró” (<http://www.letra2.s5.com/rilke1710.htm>). Un buen conocedor de Rilke, como Alemparte, interpreta con más libertad: «Extraño ver todo aquello que nos concernía como flotando suelto en el espacio». “Elegías a Duino” (1ª), en *Antología poética*, ed. de J. F. ALEMPARTE, Madrid: Espasa-Calpe (Austral, 1446), 115.

realidad humana”, el desamparo, el desprendimiento en lo anónimo, la falta de deseo, la carencia de unidad (concernida). Al fin, quedaría lo que Rilke llama *die ewige Strömung*, la eterna Corriente, el eterno Torrente, que provoca que se escuchen las voces de vivos y muertos...

Lo decisivo no es tanto que me resulte *imposible imaginarme muerto* y, en este sentido, que el *mundo de la vida* ignore la Muerte como un Absoluto-Terminal, sino más bien cómo, al pensar que muero —o que moriré—, en la medida en que no crea llevarme conmigo el Aparecer, pienso al mismo tiempo el *mantenerse abierto el campo de fenomenalidad*, incluso *sin-deudas* (de Mundo). Sé *perfectamente* que yo no le soy humana y empíricamente necesario (intentar pensar lo contrario sería perder el tiempo); pero también sé que en la medida en que pueda aparecer o culminar en su destino fenomenal, sólo en verdad *Alguien le es necesario*. Y este *Alguien es parte de mí, puedo serlo yo ocasionalmente —por el momento— y yo soy parte de ese Alguien*. Cuando pienso que Alguien le es necesario, no es con vistas a su *dominio*, desde luego, sino más bien para su *Testimonio*.

Esta *Delegación en Alguien*, este *In casu extremae subsidiarietatis* supone un recurso de *Generosidad* para una Ética fenomenológico-trascendental fundamental<sup>38</sup>. Expresión extraordinaria de una Apertura contenida, entrañada, la de este reconocimiento no humillado, sino humilde, sencillo y diría que incluso reconciliado, de que mi muerte no se llevará consigo lo que ven mis ojos, tocan mis manos o a Ti o a Vosotros... No se trata en absoluto de valorar si eso es consolador o desconsolante. Lo decisivo es esa fenomenalidad acreditada *post-mortem*, más o menos *cuerda* (Juan Ramón) o *suelta* (Rilke) y —aparte de ello, pero no sería lo menos importante, desde luego— el mérito moral de los *mortui* de desear un Futuro mejor para *el Hombre Venidero...*<sup>39</sup> -del que no se ocupan los poemas citados.

A diferencia del moderno Ojo panóptico del *Gran Hermano*, que quisiera ver, saber y controlarlo todo, aquí lo decisivo y lo que está en juego es tan sólo (y nada menos que) la Asistencia como *Apertura*, que Alguien pueda cumplir

<sup>38</sup> Como contribución a esta Ética Fenomenológica Fundamental, cfr. también MORENO, C., “Un ámbito sin límite ni salvedad. La fenomenología como ciencia abierta y la recepción en Heidegger y Marion del *Principio de todos los principios*”, a aparecer en *Investigaciones fenomenológicas*.

<sup>39</sup> Sobre Lévinas, Cfr. MORENO, C., “Trascendencia temporal y fecundidad. Figuras del porvenir en el pensamiento de Emmanuel Lévinas”, en Graciano G. ARNÁIZ (ed.), *Ética y subjetividad. Lecturas de Emmanuel Lévinas*, Madrid: Universidad Complutense, 1994, pp. 125-147.

subsidiariamente el *dictum* del *Prinzip aller Prinzipien* de *Ideas I*, que consagra la desmedida hospitalidad del aceptar [*Hinnehmen*<sup>40</sup>], como solemos decir, *Lo-que-venga*. Es la *exigencia del Entre* entre un advenir ligado o suelto (un advenir, pues, que sólo en casos puntuales muy objetivos podríamos pretender predecir, y que en lo profundo nos permanece *indeterminado*) y un Alguien también *indeterminado*, proteico. *Podrá venir lo que quiera y quien quiera que sea que puedan venir*. Sólo podemos concebir que lo que haya de venir *habrá de ser* compartido *in extremis sin premeditación*, como, por cierto, nos lo enseña el *ir a la zaga* de la Voz Narrativa y su Alguien/Yo anónimo... No se trata de *Super-Visión*, sino de *Super-Vivencia*.

\* \* \*

Esta contribución no desearía pasar de ser considerada tan sólo como una *insinuación*. Entretanto, con toda seguridad habrán sido incontables los pasos dados incorrecta o al menos apresuradamente, sin el rigor que cierta fenomenología exige —con todo derecho. Tan sólo una cuestión final: ¿acaso se ha fortalecido aquí aquel *Ser-Objeto*, que Heidegger reprochaba a Husserl cuando decía que para él “ser” equivalía a “ser-Objeto”? Nuestro Testigo, tal como lo imaginamos (nunca mejor dicho), *se debe* al Acontecer, al que ante todo no lo propone ni lo domina, sino que levanta su acta, se entrega a su advenimiento, lo alumbra.

El Testigo que hemos elegido pensar sabe que la *aurora acontece en el desierto*, donde no hay *Casi-Nadie* y *Casi-Nada*. Poniéndolo a resguardo frente al *Nadie-y-Nada*, esos “Casi” y Alguien velan un acceso veraz a la *Fenomenología Trascendental*.

<sup>40</sup> Remito nuevamente a MORENO, C., “Un ámbito sin límite ni salvedad”, cit. *supra*.



## ANEXO FINAL

**ALGUIEN LO SABE**

Antonio Muñoz Molina

*El País*, 19 de Julio de 2008

"Hay un haiku de Borges del que me acuerdo cada vez que abro *To the Lighthouse: En el desierto acontece la aurora. Alguien lo sabe*. La interpretación puede ser teológica, o sólo literaria, y en cualquier caso ya se sabe que para Borges la teología era una rama de la literatura fantástica. Ese alguien que sabe algo de lo que ningunos ojos humanos son testigos sería el Dios omnisciente o ese narrador no menos fantasmal de las novelas al que se viene aplicando el mismo calificativo: el que lo ve todo, el que espía todos los pensamientos, el que ha leído unas palabras escritas en arena y borradas a los pocos minutos por una ola, el que está en el retrete donde Leopold Bloom se alivia voluptuosamente leyendo el periódico y en la alcoba donde Anita Ozores se revuelve de misticismo y deseo en el insomnio, el único, aparte de la mujer asesinada, que ha visto la mirada en los ojos de Raskolnikov en el momento en que levantaba el hacha, el que ha acompañado al capitán Nemo cuando se cerraban por última vez las escotillas del *Nautilus*.

A los profesores, a los teóricos, a los arbitristas de cómo han de ser o no ser las novelas, el narrador omnisciente les irrita mucho, tanto como el Dios que lo sabe todo y lleva la cuenta de todos los pecados nos irritaba a los librepensadores precoces cuando queríamos desprendernos de la capa de ceniza sombría del catolicismo franquista. De vez en cuando se leen diatribas indignadas: el narrador, en una novela, no debería saber más que sus personajes; el único narrador posible es el personaje que cuenta en primera persona, etcétera. Ahora que lo pienso, es una actitud muy propia en una época de hipertrofia del yo, alimentada y fortalecida por tantas tecnologías que le permiten a uno vivir cada vez más en una burbuja de egolatría caprichosa y comunicar al mundo de manera inmediata cada valiosa ocurrencia en el *querido diario* de un *blog*. La aurora del desierto no necesita testigos para suceder; de hecho, las auroras, igual que los anocheceres, o que las apariciones de la luna, o que la floración de los almendros, han sucedido sobre la tierra a lo largo de millones de años antes de que ningunos ojos humanos pudieran mirarlos. Pero esa idea es irritante, incluso inaceptable, para la nueva época del yo absoluto, que imagina que nada existe fuera de él, con la misma convicción con que un aficionado al horóscopo considera verosímil que las estrellas se ordenen con la finalidad de predecirle si su novia dejará de quererlo o si le subirán el sueldo el año que viene. Cada artefacto nuevo lleva en el nombre la marca del yo, de lo mío, del tú que no es el otro sino el reflejo narcisista de la propia identidad: I-pod; I-phone; My-Space; YouTube.

*To the Lighthouse*, como *Mrs. Dalloway*, pertenece a una época en la que la literatura aspiraba con igual vehemencia a retratar el alma humana y el mundo. Es una novela hecha de íntimas percepciones personales que sin embargo excluyen por completo el narcisismo y los caprichos del yo. En la conciencia de cada personaje los pensamientos y las sensaciones fluyen a una velocidad de sombras proyectadas en una pared, y aunque la mayor parte de ellos permanecen secretos, alguien sabe. No Dios, desde luego, ni el novelista metijón que unas veces mueve los hilos tan descuidadamente como Maese Pedro en su retablo y otras se esconde detrás de una cortina para espiarlo todo. Es Virginia Woolf la que escribe, pero la voz narradora no es la suya: su arte es tan supremo, tan limpio de gesticulación o de vanidades de estilo, que nos parece asistir, página tras página, a un acontecer como el de la aurora impersonal del poema de Borges. Cada conciencia es única, el centro exacto de una experiencia, el ángulo de un punto de vista, pero a las pocas líneas ya se ha disuelto en otra, como una ola va a disolverse en el filo de espuma de la que la precedía, y al poco rato parece que ha vuelto, pero ya no es la misma. Cada personaje cavila y observa en el reino de su propia soledad y a la vez es parte de una polifonía o de uno de esos retratos colectivos en los

que observamos el aislamiento en la expresión de cada una de las caras que nos parecieron casi idénticas. Todos ellos, en algún momento, miran hacia el faro, o se acuerdan de él, o se imaginan que lo visitan, pero a cada uno su lejanía y su luz le afectan de manera distinta; llega un momento, incomparable en la literatura, en que no hay nadie que observe la luz del faro, nadie en la casa junto al mar que estuvo llena de presencias y de voces, nadie que escuche el crujido de las maderas del suelo o que presencie el movimiento suave de un chal colgado en una percha, o que perciba cómo la humedad va estropeando las páginas de los libros en una estantería o la ropa colgada en la oscuridad de un armario. Las cosas siguen existiendo, aunque nadie las mire o se acuerde de ellas. Los cristales de la casa deshabitada vibran con un retumbar muy lejano que es el de la guerra que está sucediendo en Europa.

Vuelvo una y otra vez a esa novela, que en español suele titularse *Al faro*, aunque a mí me gusta más y me parece más preciso *Hacia el faro*, que da mejor la idea de un deseo de llegar, de un estar mirando desde lejos. Vuelvo desde hace poco, porque, para mi vergüenza, he tardado mucho en leer a Virginia Woolf con la atención maravillada que merece. Vuelvo a la novela pero sobre todo a su parte central, la titulada *Time passes*, la más breve y sin embargo el eje de su simetría, de su admirable arquitectura sin peso, hecha de fluidez y claridad. El paso del tiempo no nos lo cuentan las palabras: lo sentimos casi físicamente fluyendo en ellas, en las frases tan hechas de tiempo como pasajes musicales, tan perceptibles en su fugacidad como una corriente de agua o de brisa, como la luz del sol y la luz del faro que recorren día tras día y noche tras noche las habitaciones de la casa cerrada. Muy lejos, los personajes continúan sus vidas, se hacen mayores, van a la guerra, mueren de parto o de cáncer, piensan en volver, posponen para otro año el regreso. Y mientras ellos no están, cada uno ausente en la novela de una vida que se esboza apenas en un dibujo muy rápido, en el interior de la casa acontece otra novela, una de las más difíciles y de las más asombrosas que yo he leído nunca, la del espacio deshabitado, la del agua de la lluvia que se filtra por una ventana cuyo marco ha empezado a pudrirse, la de los insectos que chocan contra los cristales o la lluvia que los golpea en una noche de invierno sin que nadie oiga ese sonido. Pero alguien lo sabe”.